

## **Título: Una semana para recordar. El drama social en Icesi a causa de una reestructuración que va más allá**

Estaban diciendo por WhatsApp que, el rector de la universidad iba a estar en el auditorio Manuelita haciendo un tipo de reunión a las 11, por lo que probablemente era una buena idea ir y aparecerse en ese momento para que no se vaya a volar. Cuando estaba a punto de abordar el A14A camino a la Icesi, me encontré una compañera de carrera cercana, con la cual estuve en todos los espacios que nos tomamos los estudiantes el día anterior, recién se hizo plenamente conocido el dramático suceso para toda la universidad. La saludé y nos pusimos a hablar sobre el asunto que nos convocaba ese día a la universidad.

Los dos íbamos a lo mismo, pero no íbamos a clases. Asistimos para ir a la asamblea general de ese día, 3 de marzo, convocada para enunciar las preocupaciones de los estudiantes de la universidad. Pero antes, íbamos a asistir a la reunión extraordinaria de la carrera (primera de dos que ocurrieron en el semestre) en el laboratorio etnográfico, con nuestro director de carrera y, el que fue en ese momento, director interino de sociología. Ambos hablamos en el trayecto sobre las cartas que le hicimos al profe Tatha y se nos aguaron los ojos; íbamos vestidos de negro. Precisamente, la noche anterior se había esparcido un llamado a vestirse de negro, en concordancia con el sentimiento colectivo de pérdida. Nos mostramos nuestras cartas mientras llegábamos a la parada de la universidad y, mientras nos bajamos, me comentaba que, en un principio, no quería venir; no le daban ni ganas de volver. Esto mismo se lo escuché en el transcurso del semestre a varias personas del laboratorio etnográfico, a quienes les daba ganas de salirse de la universidad a causa del manejo que le estaba dando el nuevo rector. Para varios, cualquier otro cambio igual de errático iba a ser otro motivo para buscar la manera de irse.

Esta etnografía es una que, nace de la coincidencia de tener que escribir para una clase y, de encontrarme con eventos que chocaron abruptamente con la normalidad académica y laboral de estudiantes y colaboradores de la universidad que llevo habitando por dos años y medio. Nace a causa de la incertidumbre y el desengaño que estuvo rondado los 141.334 metros cuadrados de la universidad Icesi este semestre; sentimientos causados por una plétora de circunstancias que, si bien se juntaron para poner a la organización en una situación difícil, condujeron a la toma de decisiones. Por un lado, la administración de la universidad decidió recortar costos y llevar a cabo unos cambios en la estructura de algunas facultades. Por el otro, los estudiantes, profesores y colaboradores se vieron obligados a asumir los cambios y hacer algo al respecto. Una gran cantidad de estudiantes manifestaron su descontento e interpelaron a la universidad de diversas formas. Para los profesores y demás colaboradores, la situación apremió una adhesión forzosa y los obligó a encontrar formas distintivas de resistencia, dentro de unos nuevos márgenes de maniobrabilidad. Esta etnografía es producto de la revisión de los momentos que fueron gestados, no por gusto ni necesidad, sino como reacción a circunstancias que nos fueron impuestas, ante las cuales no quedó más remedio que hacer algo al respecto para hacer valer lo que consideramos, es justo.

El principal hecho que se va a tratar fue el despido masivo de personal que ocurrió en la universidad el día dos de marzo, cuando un número no confirmado de profesores y colaboradores fueron sujeto de despidos con la excusa de una reestructuración de las facultades que era necesaria para recortar costos. Sin embargo, este hecho que ocurrió en una franja horaria de 8 A.M. a 2 P.M. no pasó desapercibido y, a causa de esto, ese jueves hubo un cambio abrupto en el ambiente de la universidad, donde se acrecentaba la incertidumbre y el desasosiego. Profesores interrumpieron clases por reuniones inesperadas, personas corrieron en llanto e incluso, el decano de la facultad de derecho y ciencias sociales fue llamado a rendir explicaciones. Nosotros los estudiantes nos juntamos a reunir información, también lloramos y nos preocupamos. Por eso, se resolvió que el día siguiente se iba a hacer algo al respecto. El viernes, sin que existiera un organizador formal, hubo una manifestación generalizada del disgusto hacia las medidas. Esta se expresó con pancartas, flores, afiches, vestimenta y, una asamblea general.

Para los estudiantes y profesores esto significó una dificultad en tener una normalidad académica porque, la falta de personal hizo que profesores ajenos al proceso de otras clases, tuvieran que quedar automáticamente a cargo. Al haber sido despedidos profesores nombrados, hubo estudiantes que se quedaron sin tutores de tesis y, según cuentan, prácticas laborales. Sin embargo, algo que me gustaría aclarar es que, este evento hace parte de una cadena de sucesión de sucesos, que hacen que se convierta más en un proceso. Pero, el enfoque del trabajo está principalmente centrado a lo que pasó el 2 y 3 de marzo, cuando se vivió la mayor agitación en la universidad. Definitivamente, va a haber una contextualización importante y un “seguimiento” de los días posteriores pues, este es un trabajo acumulativo hasta el último día de clases y, los cambios en la universidad no se acabaron desde ese despido masivo y reorganización.

Si bien esta etnografía no tiene aportes teóricos o una propuesta sustancial en teoría social, si me parece que vale la pena ver estos hechos bajo el lente etnográfico, para que queden presentes los componentes humanos de los que se pasan por alto cuando un suceso de semejante magnitud quiere vender como una simple reestructuración y proceso organizacional inevitable. Este suceso puede pensarse como un drama social, ya que, está compuesto por los cuatro pasos que propone Turner, bajo los cuales puede ser analizado y, puede reconocerse el impacto que tuvo como momento que trastocó las relaciones entre todas las personas que habitan la universidad, en ocasiones incluso de manera irremediable. Al mismo tiempo, vale la pena mencionar que, desde el evento en el cual se llegó a la cúspide del malestar social, resaltó como medio de información y comunicación el chisme como forma de alteridad. Principalmente, porque el chisme funcionó desde el comienzo como medio de información y, como forma de evadir el mecanismo de poder que tenía la universidad al intentar controlar la difusión de cierta información sensible. En este sentido, el chisme se instauró como medio alterno de comunicación de noticias e información importante que permitió la construcción y mantenimiento de una identidad grupal. Se pudo definir un “nosotros” y “ellos”, independientemente de las relaciones de verticalidad que existen en la universidad.

Se podría incluso decir que, gracias a los compadrazgos, cohesión e identidad grupal que existe, las personas que fueron partícipes se reconocieron mutuamente y se vincularon a través de un

lazo simbólico que los unió. Este puede ser el de ser estudiantes de una misma facultad, el tener una misma profesión o, incluso, el de ser víctimas de un proceso que les quitó futuros imaginados y posibilidades. Esto porque, no solamente en la facultad donde estaban las carreras de ciencias sociales se gestó protesta, sino que también sucedió en las ingenierías y licenciaturas. Esto puede influir en la forma en que se percibe la identidad personal y grupal, ya que el compadrazgo agregó una capa adicional de sentido de pertenencia y solidaridad que permitió la reunión de personas para protestar en unísono y llevar un duelo por la pérdida.

Por esto, la etnografía se enfoca en tres momentos. Una observación participante de los dos días en los cuales se llegó al punto más álgido de agitación. Una entrevista con un profesor de la universidad, cuya posición lo introdujo junto a demás profesores de la facultad en un proceso de reorganización fundamentalmente precarizante. Y también una descripción espacial del campus de la universidad, basado en los signos de protesta y de resistencia que existen en el campus desde el momento más álgido del descontento y, los días posteriores.

### **El día D (de los despidos y, de la pérdida de control sobre la información)**

Para comenzar, hay que tener en cuenta que, como todos los eventos de la vida real, existen varias formas de revisar la temporalidad y, varias narrativas que chocan y terminan compitiendo por el puesto de “versión verdadera”. En este caso, también puede pasar algo parecido, pero, cabe hacer la aclaración de que pasaría si se le hiciera una entrevista inquisitiva a alguna de las personas que están a cargo de las facultades. Principalmente, porque la universidad está intentando controlar estrechamente la información que publican al respecto y, además, porque el resto de la información son “solo chismes” para ellos.

El evento del día 2 de marzo en cuestión, fue llamado una evolución estratégica por sus promotores, aunque por fuera de los correos que hizo llegar la rectoría a todo el estudiantado a las 5:11 P.M. se le llame una masacre laboral. Aquí comienza formalmente la idea de escribir al respecto y plantear la sucesión de hechos como un drama social. Sin embargo, dependiendo de a quién le pregunten, la tal evolución estratégica llevaba ya un tiempo siendo prevista y temida. Ya se rumoraba desde comienzo de semestre que habían barrido con un montón de profesores desde el comienzo del semestre, pero nadie por fuera de los círculos cercanos a los altos mandos de la universidad esperaba que pasara lo que pasó el “día D”.

El día comenzó un tipo de feria de emprendimiento. Había muchas marcas de todo tipo. Estaban empresas relativamente establecidas en el contexto local como, una heladería que hace helados con nitrógeno. También compartían el espacio marcas con vibras de ser microempresas más artesanales; había accesorios de ropa, marcas de postres e incluso, una que vendía artículos con ilustraciones referentes a la caleñidad y la memoria colectiva de la ciudad. Compré un llavero de una buseta Río Cali, un sticker de un aborrajado y otro de un aguardiente Blanco del Valle. Llegué al laboratorio etnográfico mientras esperaba a que fueran las 10 y, nos pusimos a hablar entre 3 sobre las dinámicas que hay detrás de las aplicaciones de citas y lo “densas” que pueden ser las personas al relacionarse detrás de una pantalla. Me fui a mi clase de teoría del estado

faltando 5 minutos y, todo iba sin novedades. Ahí hablamos de la descarada apropiación de un candidato a la alcaldía de Cali que participó de un evento del observatorio para la equidad de la mujer (OEM) de hace 8 días y de Jean Jaques Rousseau.

Sin embargo, hubo un momento que seguramente pasó desapercibido por muchos de nosotros, pero refleja la gravedad de la situación. Nuestra profesora llegó unos minutos más tarde de lo habitual al salón y con la mejor cara que pudo, nos dijo que iba a tener que acabar la clase temprano porque tenía una reunión urgente e impostergable que había salido de imprevisto. La clase acabó una hora y cuarto antes de lo acostumbrado, pero en ese momento no significó nada distinto a más tiempo para almorzar. No sabía que en ese mismo horario o bloque de clases (de 10 de la mañana a 1 de la tarde), se estaba gestando un golpe fuerte a la normalidad a la que estábamos acostumbrados todos los que habitábamos la universidad hasta ese momento. Para ese momento, ya lo hecho, hecho estaba y no había vuelta atrás. Pero yo no me di cuenta hasta mucho después.

Incluso antes de que comenzara la clase, ya se reportaban personas corriendo por el campus como si estuvieran en una carrera contra el tiempo. Comentan los espectadores que se le veía a ciertos profesores y demás colaboradores una cara de tragedia y estupefacción. Creo que, pocos saben que en ese momento, alrededor de las 9 de la mañana, si había personas que estaban corriendo contra el tiempo, pues se encontraron de sorpresa con un papel que tenían que firmar si o si, y estar saliendo máximo a las 4 de la tarde. Después me daría cuenta de que, la carrera de algunos de los profesores era, literalmente, para salvar el trabajo de sus vidas. Pero en ese momento, aún no me daba por enterado. Saliendo de clase, yo me sentía bendecido porque me dieron de almuerzo una chuleta gigante y doble maduro; mientras, profesores de gran talento y carrera impresionante, estaban saliendo de clase temprano a causa de mensajes de texto con contenidos que probablemente nunca sabremos. Me contaron después que se veían personas que, a punto de montarse a sus carros, recibían una llamada que los ponía a voltear por 10 minutos con mala cara, para finalmente cerrar el carro y devolverse a toda velocidad a los pasillos de los edificios. Comía en silencio y no pasaba nada remarcable frente a mis ojos en el momento.

Mar se dio cuenta de que echaron a Tathagatan 10 minutos después de que pasara porque le dijo su mamá. Ella estaba hablando al respecto justo en el momento en el que volví al laboratorio, pero me perdí esa parte.

El laboratorio etnográfico es un espacio que cohabito junto a las personas que hacen uso de él, los cuales son estudiantes de las carreras afines a las ciencias sociales. Es como si fuera mi segunda casa porque, a diferencia de algunos lugares que están hechos en función del tránsito de personas, este se puede habitar. Precisamente, aquí es donde conocí y me junto con las personas con las que más hablo y me desenvuelvo en mi cotidianidad. Sin embargo, estaba pasando algo interesante que me haría “parar la oreja” más de lo usual. No le tengo aversión al chisme, en tanto se maneje de una forma responsable. Me encanta conversar con las personas pues, siento que es una bonita forma de esparcirse y compartir tiempo. Además, me parece que el chisme en el que participo es diferente a otras maneras de relacionamiento que pueden ser nocivas, como el

“regarse” en internet desde la comodidad de la casa, esperando que algún lector desprevenido se encuentre por casualidad con cualquier sandez que se quiera compartir y se gane notoriedad.

El chisme implica buscar a la persona idónea porque, además de que debe existir interés de las dos partes para compartir la información, también tiene que existir confianza. Ahora, si se le agrega el hecho de que, dentro del laboratorio etnográfico, estamos interactuando antropólogos, sociólogos, politólogos, pedagogos, economistas y psicólogos dentro de un espacio pequeño, las conversaciones que suscita el chisme se vuelven increíblemente estimulantes. Se podría decir que algo espectacular de estos momentos es la mezcla o, convivencia de la metacognición estricta de alguien que ha cursado todo tipo de clases que refuerzan el pensamiento crítico, con la curiosidad y el ímpetu de alguien que se dedica a producir creaciones basadas en la experiencia humana.

“Mirá que echaron a unos profesores”.

Mi compañera lanzó los proyectiles. Para nosotros, los que estábamos en ese momento, fue como si hubiéramos visto unas bengalas en el cielo nocturno, algo que simplemente no podíamos ignorar. Sedientos de información y con gritos ahogados de asombro, escuchamos a detalle todo lo que mi compañera tenía que decir. Sin embargo, mi sorpresa no fue mucha, pues era conocimiento general que desde el comienzo de semestre, habían despedido algunos colaboradores en varias facultades, presumiéndose los recortes de costos como causal de despido. Ya nos habían dado noticias desde el semestre pasado de que la universidad estaba en números rojos, agravándose la situación a causa de los cambios en las políticas de becas con el cambio de gobierno. Igualmente, en el transcurso del semestre pasado vimos como semana tras semana, por decisión unilateral, nos iban quitando a los estudiantes facilidades y acceso a espacios y herramientas que antes teníamos.

Incluso, remontándonos a comienzo de semestre, varias personas vimos nuestras aplicaciones a monitorias dentro de la universidad siendo rechazadas, para luego darnos cuenta de que estaban cortando las horas y la cantidad de monitores. Con todos esos recuerdos frescos en la cabeza, pensé que sería verosímil que estuvieran haciendo reuniones informativas sobre nuevos cambios en la universidad, entre ellos, los despidos que me contaba mi compañera; y, que sería a causa de esto la salida repentina de profesores de clase. De todos modos, tuve que ponerme a trabajar haciendo llamadas correspondientes a la monitoria en la que estaba trabajando, pero con un solo audífono y, con la oreja bien parada.

Eventualmente, finalizadas las llamadas y finalizada la sesión de chisme, quedó como balance el despido de decanos, más de veinte colaboradores y el cierre de las carreras de biología y química.

Sabiendo esto, me fui a la clase de historia y memoria sin reflexionar en mucho más que en la lectura para la clase, que trataba de la cacería de brujas. Sin embargo, nada fuera de lo común pasó hasta que hubo un receso. Durante este break, cuya intención era combatir la llamada “hora

boba” e ir por un café para recargar energías, muchos salieron, pero, yo me quedé con un amigo sentado conversando. “¿Todavía tienes ajedrez en tu iPad?”. Le contesté afirmativamente y comenzamos una partida de completa distracción, donde hubo una charla ligera. Hablamos sobre nuestras perspectivas del ajedrez, de que la presentación estuvo un poco lenta y, que no terminábamos de entender cómo iban a funcionar las próximas entregas en la clase. Mientras tanto, iban volviendo las personas a la clase, susurrando cosas que me eran indistinguibles porque estaba disperso, disociado y cada vez, entraban más personas por la puerta, lo que hacía difícil escuchar bien. Lo que sí noté fue que, conforme terminaban de llegar todos, entraban personas con mala cara. Recuerdo muy bien que, lo que más me impresionó en ese momento fue verle la cara de derrota a una amiga que anda siempre sonriente. En ese momento, la realidad se fue asentando sobre nosotros y la tensión en los rostros, manos y brazos se multiplicaba en las personas, regándose en el ambiente.

Ahí, con la atención al máximo, me dediqué a escuchar lo que muchos tenían por decir sobre el asunto. Primero fue descontento e incertidumbre, después datos que habían sido recopilados gracias al chisme y conversaciones de pasillo, para finalmente hablar de testimonios de testigos oculares. “No puedo creer que hayan echado a Tatha”, dijo alguien en el salón. En ese momento, vuelven mis sentidos a concentrarse en una sola cosa; lo que acaban de decir. En un instante sentí como el sistema nervioso se activaba y me bajaba la sangre de la cabeza; “¿Echaron a Tatha?”, repliqué al resto del salón con un tono de sorpresa y voz alta. “Guevóoon” me respondió un compañero mientras manoteaba. Parece ser que estaban hablando de eso desde antes, pero en serio estaba disociado y la sorpresa me pateó como una mula, haciéndome actuar sin pensar demasiado. “Perdón, estaba disociado”, dije para excusarme, volviendo plenamente al salón, concentrado en la primicia. Echaron a Tatha.

Seguimos conversando entre nosotros en el salón en una charla muy horizontal con nuestra profe. Evidentemente, ella estaba igual de sorprendida de que sus colegas hayan recibido el trato propinado por la universidad. Sin embargo, ella estaba más bien pensativa, haciendo intervenciones puntuales, mientras que nosotros estábamos vociferando mucho más sobre absolutamente todo. Estábamos como diría un gringo, “all over the place”. En el grupo de WhatsApp del laboratorio etnográfico ya estaban hablando de que iba a haber una reunión a las cinco de la tarde, dentro de unos veinte minutos. Seguimos hablando hasta que, faltando unos diez o quince minutos, nos fuimos en grupo para reunirnos en el laboratorio. Entramos acompañados de nuestra profe y seguimos discutiendo primicias de la situación mientras más personas iban llegando.

A las 5 de la tarde efectivamente hubo una reunión y se contaron todos los chismes que hubo. Conforme iban llegando las personas, si aún no sabían, se dieron cuenta de que el profe Tatha había sido despedido. En ese instante se comienza a crear una forma de interacción interesante que marcó esta fecha como una especial, pues desde este momento, la información era imposible de contener. Lo que se vivía en la universidad no se quedó solamente en los espacios y los lugares, sino que lógicamente el descontento, las lágrimas y la incertidumbre se trasladaron a todos los medios digitales. Mientras llegaban personas al laboratorio, ya estaban tuiteando

varios, pero una media hora antes de que saliera un comunicado oficial desde el correo de la universidad, alguien filtró el correo. En el grupo del WhatsApp del laboratorio etnográfico alguien comparte dicho correo con la explicación de los sucesos y, a comparación de las bengalas imposibles de ignorar de antes, esta filtración de la “versión oficial” cayó como una bomba de racimo.

La bomba de racimo se caracteriza porque, de una sola ojiva, salen disparadas una multitud de pequeñas bombas que terminan por hacer una cantidad de destrozos más diseminada; lo cual fue exactamente lo que pasó en ese momento porque, además de no dar noticias sobre los sucesos del día, explicaban cambios fuertes que se avecinaban. El devenir de la universidad quedó puesto en tela de duda por la naturaleza aparentemente errática de dichos cambios. Nadie podía creer que una supuesta reestructuración que “se pensaba ejecutar desde hace tiempo” se estuviera llevando a cabo cinco semanas después de haber comenzado el semestre. Menos aún cuando le explicaban a los estudiantes la disolución de la estructura de facultades que se tenía en el momento, culminando en mezclas extrañas que no ayudaban con la credibilidad y la imagen que tenían los directivos en ese momento.

“Mirá que pusieron a diseño con ingenierías y, además, metieron a biología y química. A nosotros nos pusieron disque en una escuela de educación, artes y humanidades” vociferaba una voz que se hizo anónima entre la multitud.

“Oe, pero qué significa eso. ¿Ahora ya no vamos a ser científicos sociales sino humanistas?”

“Pero en esa facultad nueva tan rara, al fin dónde vamos a quedar?”

Hubo un momento de duelo colectivo, donde hubo muchas personas llorando, otros dándose abrazos y donde se vociferaron las injusticias, reclamos y exigencias cometidas a ojos de nosotros, los estudiantes. Se sacaban teorías y se hacían deducciones sobre lo que iba a pasar con la maya curricular y con nuestros títulos. Muchos decían “menos mal ya vi esa clase”, “menos mal ya estoy por salir”.

“Me preocupa el enfoque investigativo. Yo me metí por los profesores, yo me metí para salir como científico social, no como humanista”.

Además del despido de profesores importantes, una de las principales preocupaciones de las personas era con la Maya curricular y el título de humanista. Cuando no hubo más que aportar, el colectivo se comenzó a esparcir, subiendo las escaleras para salir del sótano donde queda el laboratorio. Algunos se quedaron en la biblioteca hablando, mientras que otros se hicieron justo en frente de la entrada de la biblioteca que queda apuntando hacia la fuente y, también había personas por las escaleras. Naturalmente, pasé por los 3 lugares y, todo el mundo estaba a la expectativa de nueva información sobre los acontecimientos ocurridos. Para ese momento se hablaba de unas 30 personas despedidas, por lo que se comenzó a usar el término masacre laboral.

En uno de esos tres grupos, nos encontramos a Vivian, a quien reconozco por ser la que estudió en la universidad de Hiroshima y trabaja de manera cercana con el profe Vladímir. Ella nos contó mejor lo que estaba pasando y nos dijo con certeza quiénes fueron los despedidos dentro de la facultad. Rafael Silva, Tathagatan Ravindran y Erika Márquez. Uno por programa. Poco después vi a una compañera llorando y saliendo de la universidad con su mamá mientras sostenía una caja. La mamá de mi compañera había sido despedida. Ambas se veían abatidas y no decían una palabra entre su llanto

En ese momento, me tuve que ir a recoger un computador de biblioteca para cumplir con mi monitoria. Inicié la sesión de Zoom de mi clase encargada y comencé a hacer mi trabajo al 70% de las capacidades, intentando sobrellevarlo lo mejor que pude. Fui por una empanada y cuando volví, un compañero estaba pasando y me dijo con mucha urgencia: “AL LABORATORIO, YA”. Bajé y estaba Jerónimo, el decano, junto con otros estudiantes y, el director interino de la carrera de sociología, Benítez. Hubo una breve presentación y explicación de los sucesos y cambios organizacionales por parte de Jerónimo, pero no iba a ser suficiente para satisfacer o convencer en lo más mínimo a los presentes de que, lo que pasó ese día fue una “pachotada” importuna e injustificable.

Jerónimo seguía hablando mientras la afluencia de estudiantes iba creciendo y, mientras se iba llenando el espacio de estudiantes y profesores, hasta que no cabía un alma más por falta de superficie, se hizo claro que él no estaba en completa disposición de responder las preguntas. Supuestamente, porque muchas de las respuestas a ellas estaban supeditadas al manejo administrativo y burocrático de la universidad, por lo cual no podía responderlas. Sin embargo, se nos hizo completamente inverosímil esta afirmación, igual que el chiste de que esto estaba planeado. El ambiente era tenso y la noticia se había regado lo suficiente para que las personas que se habían ido de la universidad temprano o, no habían tenido la oportunidad de asistir, se dieran cuenta de que algo andaba mal. Después de todo, se había corrido la voz de la reunión y, se estaba manejando una conversación doble porque, se estaba interpelando al decano, estando frente a él en el espacio físico y, al tiempo, se discutía sobre los argumentos que nos daba en el grupo de WhatsApp del laboratorio etnográfico.

Me pidieron que hiciera un Meet para que las personas pudieran informarse incluso estando lejos y sin pensarlo mucho, lo hice. Apenas se compartió el link, fueron conectándose las personas. El interés estaba en su pico y, se compartió este link también en los grupos de antropología y ciencia política. La cuadrícula estaba llena y la combinación de público tenía notablemente nervioso al decano. Yo también estaba estresado y llegó un momento en el cual no podía tener mi atención dividida entre el devenir de mi carrera y mi trabajo. Recuerdo que le dije a mi jefa que no iba a poder hacer una de mis funciones a causa de mi situación y me dijo que me saliera del trabajo por el día y que después hablábamos. Me dijo que me calmara y que ella se iba a hacer cargo.

Hubo muchas preguntas y malestares vociferados, porque los cambios desbarataban proyectos de grado, trabajos de campo y semilleros, entre otras cosas. Pero, hubo una serie de preguntas en particular que resonaban mucho en la cabeza de todos, pero nadie se atrevía a hacer; “¿Por qué

ellos y por qué en semana 5?”. Esta pregunta era un tipo de barrera que, como una represa, mantenía un montón de emociones y cuestionamientos a raya, previniendo que salieran muchos sentimientos acumulados de desencuentro y de fallas que ha tenido la universidad con los estudiantes. Pero, igual que en las represas, si se acumula mucha sustancia antes de la barrera, eventualmente la presión hace que ceda el dique. Las evasivas de Jerónimo no ayudaban a calmar la situación que, francamente, le concierne mucho más de lo que se da crédito, pues su trabajo de supervisar la facultad le hacía imposible pasar por alto todos los problemas que siempre hemos tenido. Aun siendo así, daba rabia e impotencia que se estuviera lavando las manos.

Finalmente, Mar hizo la pregunta que rompió con el muro de contención y golpeó fuerte al decano. La reacción de Jerónimo fue tal, que no volvió a tomar la vocería del espacio y tuvo que ser reemplazado por otro de los responsables.

“¿Por qué ellos, que eran tan buenos e irremplazables? Por qué a ellos los sacaron por la puerta de atrás mientras siguen habiendo profesores acusados por acoso?”

En ese momento, hubo un retumbar en la sala, mostrando apoyo a la moción junto con expectativa y ansias de escuchar una respuesta coherente de Jerónimo. Se leía en la habitación que era algo que quería tocarse, pero que no se había tenido el valor de preguntar o, que como muchas otras cosas, estaba guardado en alguno de los rincones de la memoria de muchos, pero que hacía falta que una mención puntual la trajera de vuelta a primer plano.

Jerónimo en ese preciso instante cambió completamente. Su expresión facial era una de estrés, y desesperación; se achicó, acercándose cada vez más a la puerta, como si estuviera buscando la oportunidad para huir. Lo único que le respondió a Mar fue que, quería verla a las 9 de la mañana del día siguiente a su oficina para discutir el asunto. Mar respondió afirmativamente y Jerónimo no le cedió la vocería a otro profesor, encargándolo de las siguientes preguntas e interpelaciones. Jerónimo buscó un segundo o tercer plano, haciéndose detrás de los demás asistentes parados, como intentando convertirse en un observador y escudarse en el anonimato. En el chat de WhatsApp, estaba el ambiente paralelo donde se hacían comentarios de apoyo y anotaciones perspicaces sobre las intervenciones. Se convirtió en algo parecido a lo que se ve en lives de Facebook o Instagram, donde mensajes como “Mar, te amo”, “Sergio, te amo”, stickers, y emojis buscaban demostrar el apoyo a los que, por algún motivo, no alzaban la voz.

El otro profe que tomó la palabra fue Enrique Caporali y, en vocería de los demás profesores, exaltó lo que estábamos haciendo y lo que estábamos sintiendo, pero que dijo que sería injusto con los profes que se fueron y con los que quedan, hacer comparaciones. Nos dijo que todos iban a hacer su mejor esfuerzo para que las cosas salieran de la mejor manera, pero que se estaba buscando que todo saliera lo mejor posible a pesar de que ya lo hecho, hecho estaba.

Cabe reconocer que, hacia el fin de la dinámica, hubo una falla por parte de Jerónimo y de Caporali en poder resolver una de las mayores inquietudes que dominaba la mente de muchos y

exacerbaba el malestar. Una de las cosas que teníamos en consideración era el hecho de que, lo que nos estaban intentando explicar era un proceso de precarización laboral; de los mismos que estudiábamos con el profe Tatha en la clase de Marx, pero esta vez, teniéndolo en nuestras narices en vez de una lectura. Una consecuencia directa de los despidos era que los pocos profesores que tenemos en antropología y sociología tuvieran que hacerse cargo de una carga laboral aún más grande. No hubo respuesta sobre alguna medida de contingencia, tampoco sobre las clases de lingüística, de economía política, producción de la diferencia, proyecto de grado y demás. Como bien dijeron antes, le iba a tocar a los profesores dar su mejor esfuerzo. Una de las cosas que tal vez nos parecieron más disidentes del momento fue cuando Jerónimo en un punto dijo “nosotros no escogimos ser profesores” y eso, obviamente, enojó a muchas personas presentes.

Finalizando, alguien hizo una de las preguntas más pertinentes y esperadas por la audiencia, teniendo en cuenta que nos acompañaban estudiantes y profesores de toda la facultad.

“Necesitamos saber si mañana van a despedir a más gente, porque la incertidumbre nos está consumiendo”

Los profesores, que tenían un lenguaje corporal tenso, se soltaron e incorporaron uno más expansivo, dejando de ver atentamente a Jerónimo, Caporali y a los demás estudiantes que estaban hablando. De ese pseudo trance, se pasó hacia un notable y fuerte “GRACIAS por hacer la pregunta, nosotros también queríamos hacerla porque necesitábamos saber”.

Esto nos dio pistas de que los profesores tampoco tenían mucha idea de lo que estaba pasando y nos daba pie a creerle aún menos a Jerónimo que esto estuvo supuestamente planeado. Casi todos se echaron a reír suavemente, como si hubiéramos pasado al entorno más casual, revelando la horizontalidad del espacio y, la forma en la cual la reunión derrumbó paredes con las que se pudieron haber escudado nuestros interlocutores. Estábamos todos indefensos. Nosotros, los estudiantes, ante las decisiones del administrativo; los profesores ante sus jefes, ante nosotros y, ante los mismos administrativos; Jerónimo. Ante nosotros, con nuestro poder colectivo y, ante la atenta y expectante atención de los profesores.

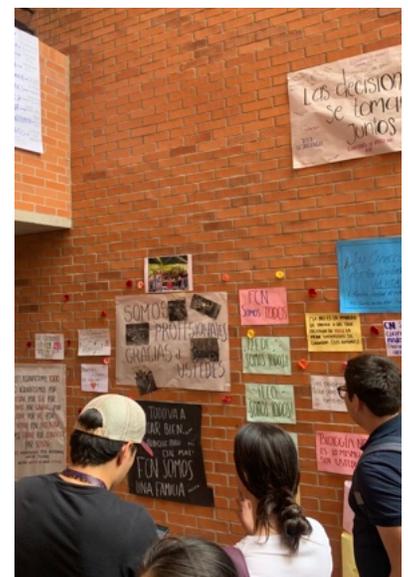
Algunos de los presentes se fueron con una relativa rapidez, pero yo, antes de irme me gané a Jerónimo, pues, me pidió un momento de charla afuera con respecto al Meet que se había hecho en el lugar. Parece ser que, pensó que era un video, o alguna forma de dejar registrado lo conversado en el sitio.

Se le veía una expresión que, aunque medianamente compuesta, existía cierta frustración. Con una sonrisa forzada intentaba dejar claro un punto muy importante, que en medio de lo rápido e importante del momento dejé pasar completamente. Esto, de cierta forma, era información más o menos confidencial, o por lo menos privilegiada, como dicen los correos que se mandan de la universidad. Cuando comenzó a hablarme sobre eso, el mensaje quedó muy claro. “Yo vi que estabas manipulando un aparato con cámara y que había personas que estaban viendo la

transmisión, por lo que cualquier cosa que se haga con ese metraje, la culpa va a recaer en ti”. En ese preciso instante, aproveché que él me pedía salir y alguien más le dirigió la palabra, para escribir: “No vayan a difundir este Meet porque me meten en problemas”, “Por favor”, “Por favor”. Saliendo detrás de Jerónimo, aproveché y le dije al compañero que parecía haber sido el que trajo al decano que me acompañara y me ayudara con él. Me daba ese indicio porque en los primeros momentos, él se paró muy cerca a ellos, mientras todos los demás estaban sentados en el suelo, como si hubiera sido una división interesante entre dos facciones separadas por su disposición en el espacio. Además de que en algunos puntos, la forma en la que decía las cosas, se le escuchaba una intención profunda de obtener el beneplácito o por lo menos algo de aceptación de ellos, hasta el punto que varias personas lo comentaron al final de la reunión

Intenté dejar claro que las intenciones era lograr ayudar a informar a varias personas con las que compartimos el espacio (laboratorio etnográfico), pues el pánico era generalizado y cundía a causa la falta de transparencia de la universidad al comunicar sus cambios, pero, me pidió que llegara a su oficina al día siguiente a las 9 de la mañana. Sugirió eso a causa de que “se me notaba en la cara que tenía cosas por decir”. Yo le respondí que, conforme a lo que estaban diciendo sobre la responsabilidad de las decisiones que había tomado la universidad, no tenía nada que recriminarle o decirle a él ni a los demás profesores, porque según sus intervenciones, la culpa recaía en la administración. En verdad, no tenía la más mínima intención de absolverlo ni de ser un apologista de las acciones de la universidad, pero tenía que evitarme a toda costa buscarme un problema pendejamente. Decidí no ir al día siguiente a su oficina.

## Segundo día D (de hacernos escuchar y no quedarnos callados)



El viernes, comencé el día tarde, como a las 8, pues era mi día libre. El día anterior se había dicho que iba a haber una asamblea de estudiantes en la universidad a las dos de la tarde y, también, que iba a haber una en el laboratorio etnográfico con los directores de Antropología y sociología; Cagüeñas y Benítez a la una de la tarde. Al momento en el que me desperté, una compañera había dicho que iba a estar recolectando cartas para uno de los profesores que habían sido despedidos, Tathagatan, nuestro profesor estrella de antropología.

Entre las 8 y las 10 de la mañana, no hubo nada distinto a mi rutina de las mañanas. Solo tuve que intentar procesar el mismo tipo de duelo que mis compañeros de la universidad habían tenido que atravesar el día anterior. Como muchos otros, canalicé la energía y el sentimiento en una carta. Lloré un poco al intentar dirigirme al que aspiraba fuera mi tutor de tesis y decirle que sentía muchísimo lo que le había pasado; que estaba profundamente enojado y en desacuerdo con las decisiones inhumanas de la universidad, con mucho cuidado de no hacer de la carta algo sobre mí, pero principalmente agradeciéndole por toda la formación tan valiosa que había dejado en nosotros, expresándole mi admiración y mis mejores deseos para su futuro.

Mientras escribía, estaban diciendo por WhatsApp que, el rector iba a estar en un auditorio haciendo un tipo de reunión a las 11, por lo que probablemente era una buena idea ir y aparecerse en ese momento, para que no se vaya a volar (una de las primeras iteraciones de que existía la posibilidad de que el rector se pudiera volar, aunque no pasó). Me propuse hacer algo que dejara una marca visible de descontento, de la misma forma que veía que mis compañeros del laboratorio estaban haciendo. Nuestros pocos metros de espacio ocupado y habitado estaban siendo epicentro de protesta visual que vería luego en todos los lugares que son solo de paso. No estoy seguro si ya tenían la idea desde antes, pero, paralelamente, existió la iniciativa de crear pancartas en el edificio L, donde quedan muchos de los laboratorios que utilizan los de las carreras de biología y química farmacéutica. Los despidos masivos y la supuesta desaparición de sus carreras tuvo que haberlos animado a participar de las muestras de descontento dentro del campus.

Hice un archivo en Word donde escribí en fuente Times New Roman 119, imprimí 25 copias, cogí toda la cinta de la casa y, caminé hasta la estación de universidades. Me estaba arrepintiendo de haber caminado tanto para llegar hasta la estación, pero justo estaba llegando una de las rutas que llegan hasta la universidad, la A14A. A punto de abordar el bus, me encontré una compañera cercana con la cual estuvimos en todos los espacios compartidos anteriormente. La saludé y nos pusimos a hablar sobre el asunto. Los 2 íbamos a lo mismo, a la asamblea general. Esta fue convocada para enunciar las preocupaciones de los estudiantes y, la reunión extraordinaria de la carrera, con nuestro director de carrera y el de sociología, de forma un poco más privada y con un carácter un poco más repetitivo a causa de la reunión de la noche anterior. Ambos hablamos sobre las cartas que le hicimos al profe Tatha. A ambos se nos aguaron los ojos e íbamos vestidos de negro. Precisamente, la noche anterior se había esparcido un mensaje para vestirse de negro, en concordancia con el sentimiento de pérdida. Nos mostramos nuestras cartas mientras llegábamos a la parada de la universidad y, cuando nos bajamos, me comentó que no quería

venir. No le daban ni ganas de volver. Algo que se repitió entre varias personas del laboratorio, que les daban ganas de salir de la universidad. Que cualquier otro cambio parecido o errático iba a ser otro motivo para buscar la manera de irse.

Pero cuando llegamos, había una horda de personas que estaban buscando la forma de entrar al auditorio más grande, el Manuelita, a como diera lugar. Nos quedamos parados de forma dubitativa por un momento y yo le dije “entremos”. Seguimos hacia adelante. Nos encontramos con más compañeras entre el tumulto de personas. Nos saludamos

Noté que una compañera tenía un buzo que decía Fuck this y le dije “Brit, me encanta tu buzo”. “Sí, me llegó coincidentalmente ayer”.

Continuamos haciéndonos paso entre las personas caminando más o menos lento para avistar más amigos con quién sentarse, pero resultó que la reunión era específicamente para las personas de la facultad donde supuestamente iban a cerrar carreras. En ese momento nos dijimos con la mirada que era mejor si le dábamos el espacio a las personas a las que iba dirigida la reunión donde supuestamente les iban a dar una respuesta de lo que pasó el día anterior. Estaba el rector y otras personas en sillas sentadas.

Salimos entre unos cuantos, nos fuimos por el hall de auditorios caminando hacia la biblioteca. Ahí saqué unas de las hojas que tenía en la maleta, cinta y les pregunté que si me querían ayudar a pegarlas en todas partes. La respuesta fue afirmativa y con cierta emoción, me recibieron la cinta, los papeles y decidimos dividirnos para ir cubriendo más espacio en menor tiempo. Después de todo, eran casi las 11 y, a las 12, teníamos nuestra reunión con el director de carrera. Angie, quien venía conmigo desde el bus, me acompañó hacia el edificio D, mientras mis demás compañeras salieron en la dirección contraria. Comenzamos a pensar en voz alta sobre los lugares donde era mejor poner los papeles. Hicimos un recorrido por el segundo piso del edificio A y B, donde están muchas de las oficinas y vimos la del rector, que había sido recientemente renovada en un momento en el que intentaban promover un comportamiento “austero”.

Dicha oficina llevaba tiempo siendo controversial a causa de muchas cosas, como el momento de su construcción y la persona que la ocupaba, Esteban Piedrahita. Él lleva siendo rector de la universidad desde el 2022, cuando su padre, el anterior rector de la universidad, se jubiló de su cargo. A causa de esto, hay muchos que lo perciben como un “nepo baby”, refiriéndose a lo aparentemente nepotista de la situación; algo que es difícil de determinar, pero, que para muchos es inaceptable por su verosimilitud. Pero, no solo es controversial su llegada al cargo, sino que también lo fue el hecho de que, inversores que antes tenía la universidad, dejaron de aportar un capital importante, apenas llegó. Tampoco lo ayudó el hecho de que se convirtiera también en miembro de la junta directiva de Ecopetrol, supuestamente con ayuda del presidente de esos momentos, Iván Duque. Ahora, es innegable el hecho de qué le tocó asumir el cargo en un momento complicado pues, con el cambio de gobierno, una de las principales fuentes de ingresos que tenía la universidad se acabó cuando anunciaron el fin de las becas de gobierno para estudiar universidades privadas “generación E” o popularmente conocidas como “pilo paga”. También

tuvo que lidiar desde un primer momento con las deudas que contrajo la universidad construyendo el edificio M y sacando adelante dos semestres académicos en una pandemia, con todos los gastos que implica.

Este “recorte de personal” era otra de sus controversias porque, naturalmente, las cabezas de cada organización tienen que asumir y revisar la forma en la que se maneja, y los estudiantes estábamos aquí para recordárselo. Es por esto que, cuando pasamos por la oficina de él y vimos la cantidad de carteles que había, notamos muchas cosas. Principalmente, que no había nadie en la oficina y, probablemente, seguiría así durante el día. Nos dimos cuenta de que este momento era uno de crisis, donde los estudiantes estaban dispuestos a hacer cosas que, estoy seguro de que no serían permitidas usualmente, pues son reiterativos en los aspectos negativos de los panfletos en las paredes y, se sale del sentido común interpelar directamente al rector de la universidad en la que uno estudia. Pusimos algunos papeles en la puerta de nuestra facultad y nos fuimos.

De ahí, pasamos al laboratorio etnográfico a saludar, donde se estaba llevando a cabo un esfuerzo por muchos para poder hacer carteleras grandes y ponerlas afuera. También entregamos las cartas a la compañera que estaba haciendo un “Tatha libro” que recopilaba todas las cartas que





habíamos hecho para el profe Tathagatan y, fuimos al edificio L, donde nos contaron que habían hecho una instalación bonita.